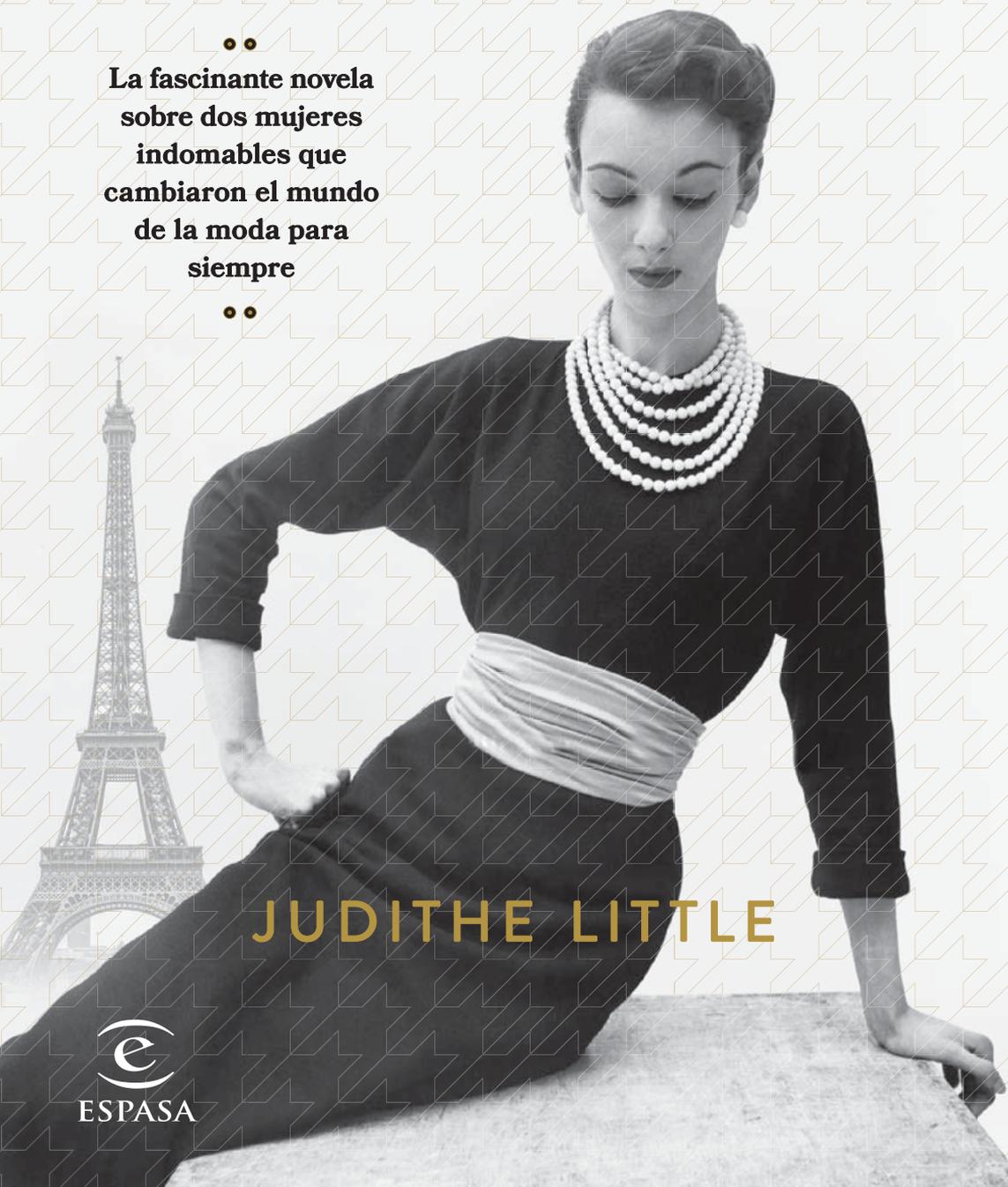


LAS HERMANAS CHANEL

••
**La fascinante novela
sobre dos mujeres
indomables que
cambiaron el mundo
de la moda para
siempre**
••



JUDITHE LITTLE

JUDITHE LITTLE
LAS HERMANAS CHANEL

Traducción de Juanjo Estrella



Título original: *The Chanel Sisters*

© Judithe Little, 2020

Publicado por acuerdo con Harlequin Books S.A.

© por la traducción, Juanjo Estrella, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición:

Espasa Libros, S. L. U., 2021

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

Primera edición: enero de 2021

ISBN: 978-84-670-6141-3

Depósito legal: B. 20.937-2020

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Gráficas Estella, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Uno

Años más tarde, mi recuerdo regresaría a aquel frío día de marzo de 1897, al convento de Aubazine, al orfanato.

Nosotras, las huérfanas, permanecíamos sentadas en círculo, practicando las puntadas. El silencio de la sala no se veía interrumpido más que por los comentarios despreocupados que yo, de vez en cuando, dirigía a las niñas que tenía más cerca. Al notar que la mirada de la hermana Javiera se posaba sobre mí, me callé y clavé la vista en la labor, como si estuviera profundamente concentrada en ella. Temía que me regañara, como solía hacer: «Controle esa lengua, mademoiselle Chanel». Pero lo que hizo fue acercarse al lugar donde me encontraba, cerca de la estufa, avanzando como si flotara, como hacían todas las monjas. El olor a incienso y a viejo emanaba de los pliegues de su hábito negro de lana. Su cofia almidonada planeaba hacia el cielo, rígida, como si de un momento a otro la hermana fuera a emprender el vuelo. Yo rezaba por que así fuera, por que un rayo de luz se colara a través del tejado puntiagudo y la elevara hasta las nubes, inmersa en un haz radiante de salvación sagrada.

Pero esos milagros sólo ocurrían en aquellas pinturas de ángeles y santos. Ella se detuvo detrás de mí, oscura,

acechante como una nube de tormenta sobre las laderas boscosas del Macizo Central que se divisaba desde los ventanales. Carraspeó y, como si fuera el emperador del Sacro Imperio Romano en persona, dictó su lúgubre sentencia:

—Tú, Antoinette Chanel, hablas demasiado. Coses con descuido. Te pasas el día soñando despierta. Si no prestas más atención, me temo que acabarás igual que tu madre.

A mí se me formó un nudo en el estómago. Tuve que morderme la mejilla por dentro para no replicarle. Miré a mi hermana Gabrielle, que estaba sentada en el otro extremo de la sala con las niñas mayores, y puse los ojos en blanco.

—No hagas caso de las monjas, Ninette —me dijo ésta en cuanto nos dejaron salir al recreo.

Estábamos sentadas en un banco, rodeadas de árboles desnudos que parecían tan helados como nosotras. ¿Por qué perdían las hojas cuando más las necesitaban? A nuestro lado, la mayor de las tres, Julia-Berthe, se sacaba unas migas de pan de un bolsillo y se las echaba a una bandada de cuervos que graznaban y se peleaban por conseguir el mejor puesto.

Yo tenía las manos metidas en las mangas, en un intento por calentármelas.

—Yo no voy a ser como nuestra madre. No voy a ser nada de lo que las monjas dicen que voy a ser. Ni siquiera voy a ser lo que dicen que no puedo ser.

Las tres nos reímos con aquella ocurrencia mía. Una risa amarga. En tanto que custodias temporales de nuestra alma, las monjas pensaban constantemente en el día en que estaríamos listas para salir del convento para vivir en el mundo. ¿Qué sería de nosotras? ¿Cuál sería nuestro lugar?

Llevábamos dos años en el convento y ya estábamos acostumbradas a aquellas sentencias de las monjas, que llegaban en plena práctica del coro o mientras estudiábamos caligrafía o recitábamos la lista de los reyes de Francia.

«Tú, Ondine, escribes tan mal que jamás serás la esposa de un comerciante.»

«Tú, Pierrette, con esas manos tan torpes, jamás encontrarás trabajo de granjera.»

«Tú, Hélène, tan remilgada con la comida, no serás nunca la esposa de un carnicero.»

«Tú, Gabrielle, debes tener fe en que podrás ganarte la vida como costurera.»

«Tú, Julia-Berthe, reza por tener vocación y recibir la llamada. Las jóvenes con una figura como la tuya deberían quedarse en un convento.»

A mí me decían que, con suerte, lograría convencer a algún labrador para que se casara conmigo.

Me saqué las manos de las mangas y soplé en ellas.

—Yo no pienso casarme con ningún labrador —solté.

—Y yo no pienso ser modista —dijo Gabrielle—. Detesto coser.

—¿Entonces...? ¿Qué vais a ser? —Julia-Berthe nos miró con sus ojos grandes, interrogativos. La gente la consideraba «lenta», decían que estaba «tocada». Para ella todo era simple, blanco o negro, como los hábitos y los velos de las monjas. Si las monjas decían que seríamos algo, teníamos que serlo.

—Algo mejor —respondí yo.

—¿Y qué es algo mejor? —quiso saber Julia-Berthe.

—Es... es... —contestó Gabrielle, pero no terminó la frase.

Gabrielle no tenía ni idea de qué era ese «algo mejor»,

y yo tampoco; pero estaba convencida de que ella lo sentía igual que lo sentía yo, de que lo percibía en una especie de cosquilleo en los huesos. La inquietud nos hervía en la sangre.

Las monjas decían que debíamos conformarnos con la suerte que nos había tocado en la vida, que eso complacía a Dios. Pero nosotras jamás nos conformaríamos con el lugar en el que estábamos, con lo que teníamos. Veníamos de una larga saga de vendedores ambulantes, de soñadores que recorrían caminos serpenteantes, seguros de que, más allá, les esperaba «algo mejor».

Dos

Antes de que las monjas nos acogieran, casi siempre teníamos hambre e íbamos con la ropa arrugada y sucia. Hablábamos sólo en *patois*, no en francés. Apenas sabíamos leer ni escribir, porque nunca habíamos ido a la escuela mucho tiempo seguido. Según las monjas, éramos unas salvajes.

Nuestra madre, Jane, trabajaba mucho para mantenernos, para que no nos faltara un techo. Estaba con nosotras sin estar; con los años, sus ojos habían perdido brillo y parecía que nos miraba pero no nos veía. Aunque siempre buscaba a Albert. Nuestro padre se pasaba los días por los caminos, dedicado a la venta ambulante de corsés, cinturones y medias. Era incapaz de permanecer mucho tiempo en un mismo lugar, y nuestra madre, loca de amor, siempre iba a buscarlo cuando no volvía en la fecha prometida, y nos arrastraba consigo de pueblo en pueblo, ya fuera invierno o verano.

Pasaban juntos el tiempo justo para que mi madre estuviera constantemente encinta, y luego Albert nos dejaba meses y meses, y teníamos que apañarnos solas, sin dinero. Ella trabajaba de lavandera, de criada, de lo que encontrara, y así hasta que falleció a los treinta y un años de tisis, exhausta y con el corazón roto.

Tras su muerte, ningún familiar quiso hacerse cargo

de nosotros, y nuestro padre menos. Eso era algo que no debería haber sorprendido a nadie. ¿Cómo iba a ir de mercado en mercado (y de cama en cama) con todos nosotros auestas? Aun así, ¿no se suponía que los padres se ocupaban de sus hijos?

Éramos tres niñas y dos niños. Julia-Berthe era la mayor. Después venía Gabrielle, después Alphonse, después yo, después Lucien. Alphonse tenía diez años y Lucien, seis; eran apenas unos ovillos de lana cuando nuestro padre logró que los declararan «niños del hospicio». No perdió el tiempo y enseguida se los entregó a una familia de campesinos como mano de obra gratuita. Y a nosotras, las niñas, nos llevó a las monjas. Desde que estábamos en el convento, hacía ya tres años, no sabíamos nada de nuestros hermanos.

Entretanto, nuestro padre iba por ahí y vivía libremente, como había hecho siempre, ocupándose sólo de sí mismo.

—Volveré —nos había dicho a nuestras hermanas y a mí con aquella sonrisa dorada de comerciante cuando nos dejó en la puerta del convento, antes de darle unas palmaditas a Gabrielle en la cabeza, que mantenía muy erguida, y desaparecer en la distancia montado en su carreta de dos ruedas.

Julia-Berthe, que detestaba los cambios, se mostraba inconsolable y no entendía adónde había ido nuestra madre.

Gabrielle estaba demasiado indignada para llorar.

—¿Cómo ha podido dejarme? —no dejaba de repetir—. Yo soy su hija favorita. Además, podemos cuidar de nosotras mismas —añadió—. Llevamos años haciéndolo. No necesitamos que estas viejas nos digan qué tenemos que hacer. Es que nosotras no somos huérfanas,

este sitio no es para nosotras. Ha dicho que va a volver, y eso significa que va a volver.

Yo, que tenía ocho años, lloraba desconcertada. No estaba acostumbrada a las rarezas de las monjas, al frufrú de sus hábitos, al golpeteo de sus rosarios, que llevaban a los costados, a las nubes de incienso que se elevaban como fantasmas, al olor penetrante de la lejía.

El convento era todo lo contrario a lo que nosotras conocíamos. Allí nos decían cuándo debíamos levantarnos, cuándo teníamos que comer y que rezar. El día se dividía en tareas: estudio, catecismo, costura, labores del hogar. El paso del tiempo lo marcaban el ángelus y todas las oraciones estipuladas en el oficio divino. «Las manos ociosas —no dejaban de repetirnos las monjas— son las aliadas del diablo.»

Incluso los días de la semana, las semanas del mes y los meses del año se dividían en lo que, según las monjas, eran las estaciones de la liturgia. En lugar del 15 de enero, del 21 de marzo o del 19 de diciembre, aquellos días eran el día duodécimo del Tiempo Ordinario, o el lunes de la primera semana de Cuaresma, o el miércoles de la tercera semana de Adviento. La vida eterna estaba dividida entre el infierno, el purgatorio y el cielo. Estaban los doce frutos del Espíritu Santo, los diez mandamientos, los siete pecados capitales, los seis días sagrados de obligación, las cuatro virtudes cardinales.

Nos enseñaban cosas acerca de Saint Étienne, un monje jorobado cuyo sepulcro se encontraba en el santuario. Sobre la tumba reposaba su efigie yacente esculpida y por encima de aquella especie de dosel de piedra figuraban también los relieves de otros monjes. Durante las misas yo seguía con los ojos los patrones de las vidrieras, los círculos superpuestos que parecían le-

tras C, de Chanel; mis hermanas y yo entrelazadas para siempre. Yo no quería ni pensar en el contenido de aquella tumba: los huesos viejísimos, el hábito de arpillera vacío.

—Aquí hay fantasmas —me susurraba Julia-Berthe con los ojos muy abiertos.

Había fantasmas sagrados, fantasmas que no eran sagrados, fantasmas de todo tipo que hacían vibrar las llamas de los cirios votivos, que se ocultaban en rincones y en pasillos estrechos, que proyectaban sus sombras en los muros. Los fantasmas de nuestra madre, de nuestro padre, de nuestro pasado.

A veces, por las mañanas mientras nos bañábamos, o por las noches cuando teníamos que rezar en silencio, Julia-Berthe me agarraba del brazo y me lo apretaba con fuerza.

—Por las noches sueño, tengo unas pesadillas terribles.

Pero no me contaba nada más. Y yo no sabía si soñaría lo mismo que soñaba yo algunas veces, que nuestra madre estaba en una cama, sin colcha, con un pañuelo ensangrentado en una mano, mientras un frío glacial se colaba a través de las finas paredes. Tenía los ojos cerrados, y su cuerpo, muy flaco, no se movía.

Había aprendido a despertarme cuando soñaba esas cosas, para ahuyentar aquella imagen, y entonces me subía a la cama de Gabrielle. Ella dejaba que me acurrucara a su lado, como hacíamos cuando éramos pequeñas (hasta que llegamos a Aubazine nunca habíamos tenido camas para nosotras solas), y me tranquilizaba notar el calor de su cuerpo, el ritmo acompasado de su respiración, hasta que volvía a quedarme dormida.

Y entonces, muy temprano, demasiado temprano,

cuando el sol todavía no había salido, sonaban las campanas. La hermana Javiera irrumpía en el dormitorio dando palmadas y anunciando en voz muy alta:

—¡Despierta, gloria mía! ¡Despertad, arpa y lira!

Y acto seguido empezaban las regañinas.

—¡Más de prisa, Ondine! ¡Vendrá el día del Juicio Final y te pillaré sin zapatos!

—¡Hélène! Tienes mucho por lo que rezar, así que apresúrate.

—¡Antoinette! ¡Deja de hablar con Pierrette y vuelve a hacerte la cama! ¡Está arrugada!

Las monjas de Aubazine nos acogían. Nos alimentaban. Intentaban salvar nuestras almas, civilizarnos llenando nuestros días de orden y rutina. Pero no conseguían llenar los espacios vacíos de nuestros corazones.